

espada de Franco, gracias a la fe de los congregantes, supervivientes, que pusieron sus más cálidos entusiasmos en la rápida reparación del templo, y a la munificencia de algunos de aquéllos, el día 1.º de julio de 1939, previa autorización de las autoridades, se organizó nuevamente la Congregación. Comienzan los cultos en el templo y se da la primera comida a los pobres, bien que no con el número que antes de la guerra se daba, sino el de cuarenta, que se viene dando en la actualidad, cual antes se dijo, por carecerse de los recursos económicos suficientes.

Para alcanzar la cifra de setenta y dos, que designara la fe devota del fundador a la Madre de Dios y amor a los podres, necesitaríamos alguno de los millones que se prodigan en los concursos de las radios por la gentileza de las casas anunciantes, o la ayuda del mecenas multimillonario, de los muchos que tenemos hoy en nuestra querida España.

Esta Fundación de Esclavos del Dulce Nombre de María, que hoy arrastra precaria situación económica, antaño estuvo grandemente próspera, dando dos comidas al día, y, algunos años, más de cuatro mil, amén de muchas limosnas en metálico y en ropas. Nunca le faltó la protección de la Casa de Austria, incluso del Borbón Felipe V; y tanto los monarcas como sus hijos eran congregantes, igual que la nobleza, entre los cuales se contaba al Conde de Lemos, el de Monterri y muchos más. Pero su principal protector fué el Cardenal Infante don Fernando, el Cardenal Sandoval y Moscoso; los Primados de Toledo, y los prelados, que la miraban con paternal afecto.

El humilde hijo vallisoletano, que por dos veces rechazó con suprema humildad la mitra que le ofreció el monarca, era hombre de excelsa virtud y de sabiduría; fué confesor y consejero de los reyes Felipe III y IV; de doña Margarita de Austria, mujer del primer monarca, y de su prima, Sor Margarita de la Cruz, a la que profetizó la muerte de aquélla. Su amor sublime a la Reina del Cielo le fué premiado por la Santísima Virgen con el don de pureza y el de hacer milagros, y no fué pequeño el que la Madre de Dios hizo a su trinitario capellán. Postrado de rodillas estaba rezando cierto día cuando, súbitamente, sintió en la lengua y fauces de la boca intensa y ardorosa sensación de fuego, que le produjo natural temor; pero su asombro fué poco después, al sentir, con reverente júbilo, que la tartamudez que padecía desde niño y le dificultaba su expresión le había desaparecido.

El venerable siervo de Dios de todos era querido y admirado, y tanto religiosos como seculares, por la devota veneración que por él tenían, pedíanle consejo y consolación. Entre éstos, hallábase también el Caballero de Gracia «Jacomé de Gratiis», fundador del Convento y Oratorio de este nombre, y de una Congregación de Caballeros del Santísimo, de los cuales encargó al Beato Consejero del Rey la dirección, predicando durante trece años en dicho

templo todos los sábados, donde los madrileños acudían a escuchar al insuperable orador.

Uno de sus más íntimos amigos, aunque muy dispar en cuanto a virtud de la pureza, era el Príncipe de los Poetas, Lope de Vega Carpio, el que para la beatificación del capellán de María Santísima, declara en treinta y siete capítulos, en los cuales hace la apología del trinitario, y en uno de los cuales dice: «Este testigo tenía y tiene por indubitable, que el dicho siervo de Dios, Fray Simón Rojas, tuvo don de profecía y revelación». El mismo Fénix, el soldado de la Armada Invencible, fué testigo de que a un apuesto mancebo, que iba a Sevilla en busca de una dama con la que tenía allí ilícitos amores, le reveló su pensamiento, dándole una medalla de la Virgen, diciéndole: «Ésa sí que es Hermosa Dama, y es la que se ha de buscar». Y en el bello poema «Jerusalén Conquistada» le dedica la siguiente octava, que tomamos de la «Biografía del Beato», maravillosamente escrita por el R. P. Fray Valentín G. de la Fuente, de la Orden de San Agustín:

«Oh tú, Santo varón, que recibes
premio de Dios sin acabar la guerra,
pues no sabemos si en la tierra vives
los mismos que te hablamos en la tierra;
viendo que tanto con la Virgen prives,
no piensan muchos que su intento yerra
si te preguntan (pues que causa diste),
como en la Trinidad Bernardo fuiste.»

No me extraña que por causa de este siglo materialista y, en parte, por la ejecución sencilla, callada y recoleta de esta Mariana Congregación, como todas las cosas grandes, ignoren los madrileños tan caritativa fundación, y que el vallisoletano aborigen del fundador no muestre un devoto interés por el santo, aunque en la herreriana catedral de Valladolid tenga un retablo y sus reliquias en una de las capillas.

Desde el Renacimiento, y singularmente desde el siglo XVIII, el hombre se viene mostrando escéptico en materia religiosa y trata de desvalorizar, aunque inútilmente, el divino poder social que brota de las riquísimas fuentes del Evangelio de Cristo.

Jamás en la Historia se ha visto un error mayor y de más peligro para la sociedad que las doctrinas marxistas, al soñar con un mundo vacío sin Dios, cuando la ciencia moderna camina derechamente hacia El. Con estas falsas doctrinas, atentatorias contra la religión y la moral, y otras tan funestas como aquéllas, a nadie puede sorprender la materialización de la vida moderna en todas sus facetas. Se recogé el fruto que se siembra.

Tal escepticismo en materia religiosa y en moralidad me desgarró el alma como cristiano y español.

Por ese ambiente mefítico, que envenena las conciencias, no me asombra que esta Asociación, hoy en situación lamentable, no esté protegida, subvencionada por alguna entidad pública o privada, y por la misma Beneficencia; ni que, al subir por la mencionada calle el torrente humano, cuya cifra es casi astronómica, les llame mayormente la atención, se fijen más en los grandes y llamativos cartelones de los dos cines y del teatro que hay en la citada calle que en el cepillo de la puerta y en la sencilla cruz de hierro que corona el ápice de la capilla, cuyos brazos abiertos parecen llamar a todos para que, por amor a Dios, depositen una limosna, con el fin generoso de dar de comer al hambriento.

No quiero con ello decir a mis píos lectores que no hay en nuestra generación personas cristianísimamente caritativas como antaño, que por la historia de más de tres siglos de existencia de esta Real Congregación conocemos actos tan sublimes, obras tan meritorias, por amor a la Santísima Virgen y al desvalido, que el ser más ignaro, el más incrédulo o indiferente quedaría maravillado.

Aparte de las numerosas instituciones benéficas, fundaciones, el ejército de Hermanos y Hermanas de la Caridad, no puede negarse que hay muchas personas piadosas. En el comedor del Ave María he visto entrar a un caballero de tipo señorial, aunque sencillamente vestido, sin más alhaja que su bondadoso corazón y con una afable sonrisa que parecía un arcángel, sobre el mármol de la mesa, iba dejando cinco duros a cada pobre; y como quedasen en la calle 18 ó 20 de los que no pudieron entrar al comedor, les obsequió con igual cantidad. El mismo donante me confesó que no era rico, pero que vivía bien, y lo que le sobraba lo repartía entre los pobres. Bello gesto, digno de imitarse, como el de un sacerdote que conozco, verdadero Ministro del Señor. Aunque su hábito talxar, un tanto deslucido, parece tomar el tinte de oro de su corazón, trabaja infatigablemente en su sagrado ministerio; con todos extrema su cariño, y cuanto tiene es del necesitado. La vida de este paladín de la Iglesia es un dechado de piedad santa, un poema de virtudes, de tierno fervor a la Santísima Virgen y amor al prójimo.

Pero, ¡ay!, que estos casos, desgraciadamente, no se prodigan cuanto es necesario. La frivolidad y dureza de la masa es abrumadora, y precisa, es de necesidad absoluta, ablandar esos corazones; no basta con que la Iglesia se llene los domingos, igual que los cines, teatros, estadios y las cafeterías. Reflexionemos un poco, mirando de cara a la eternidad, y atendamos al pobre con ojos de más piedad que se le mira.

Dichosa el alma que al llegar esa hora fatal, irremediable, de la justificación, para ser juzgado por el Supremo Juez, puede escuchar sus dulcísimas y consoladoras palabras, llenas de luz, que le abren las puertas del cielo, al decirle: «Ven a mí, bendito de mi Padre, porque tuve hambre y me diste de comer».

Luis LOPEZ DE CASTRO



MISCELANEA

El terreno que ocupó la ciudad de Carchemisch, nombre que resuena en la Biblia y aparece a menudo en las inscripciones de Asia, fué vendido al cónsul inglés de Alepo, míster Henderson, que presintió que las ruinas de Carchemisch debían hallarse debajo de un montículo de la ribera izquierda del Eufrates, por una cantidad con la que compró el antiguo propietario del terreno una vaca. ¡Qué sarcasmo! ¡Carchemisch, la ciudad de leyenda, ante cuyas puertas se detuvieron los mejores soldados, centro comercial de extraordinaria riqueza, vendida por una vaca!. En verdad, que hay motivos sobrados para que los ciudadanos de la poderosa capital se sientan, desde más allá, ofendidos con nosotros por hacerles tan de menos.

Pero así es la vida. Riquezas de ayer, ruinas de hoy.

En la China, la bestia de carga es el hombre. Suplanta con éxito a todos los animales, que en otras partes del mundo se utilizan para tal menester. El peón chino tiene tal resistencia, que es capaz de hacer jornadas de 50 kilómetros cargado de pesados fardos. Los «coolies» se valen de una especie de percha, de cuyos extremos cuelga la carga, para hacer así el transporte más fácil. La llevan sobre los hombros, detrás de la cabeza. El continuo roce de la percha, días tras días, les ha dejado en el cogote y en los hombros rojas cicatrices; a veces, mataduras como las de las bestias de carga.

¡Ah!, las mujeres. Cuánto se ha escrito sobre la versatilidad del carácter femenino. Causa verdadera extrañeza que todavía los autores no coincidan en que todas las mujeres, con las naturales diferencias de matices, son iguales: se doblegan gustosamente ante la superioridad masculina, en cualquiera de sus manipulaciones, aunque pretendan disimularlo con mayor o menor habilidad. Y, como para muestra basta un botón, enseñémosle, a pesar de estar un poco deteriorado por el transcurso de los años.

Estamos en Flandes, y corre el año 1044. El joven y gran duque de Normandía, Guillermo, aspira a la bella mano de la princesa Matilde, hermosa y rica heredera. El conde, su padre, acepta la petición que los embajadores del duque formulan, pero la princesa les hace saber que no puede contraer matrimonio con un bastardo. Naturalmente, el gran Guillermo, al conocer la ofensiva respuesta, se enfurece y decide cartigar a la orgullosa dama. Acompañado de reducida hueste se presenta en la corte de Flandes y ante las puertas de palacio. Nadie osa detenerle, y el duque penetra en la cámara de la princesa. Primero la injuria, luego la obofetea y, por último, la arrastra por la habitación, mesándola de sus largas trenzas rubias.

Y ahora, una inocente pregunta: ¿Saben ustedes cuál fué el resultado de tan afrentosa y brutal conducta? ¿Que no se lo imaginen? Pues he aquí el final de esta extraña y verídica historia: La princesa fué conquistada por el duque, convirtiéndose en la más fiel y enamorada esposa, hasta el extremo de que en un rapto de celos ordenó la secreta muerte de una de sus rivales, enterrándola en vida.

Ayer, hoy y siempre...

ANTONIO GULLON WALKER



"DIA DE LA PROVINCIA" EN BARCELONA



El Marqués de la Valdavia, a quien se le impuso la insignia de diputado provincial honorario, actuó de mantenedor del certamen literario

En su discurso hizo la loa del partido judicial de Mataró

LOS actos celebrados en Mataró, para celebrar el «Día de la Provincia», revistieron especial solemnidad y brillantez. La Diputación Provincial de Barcelona, patrocinadora de esta festividad provincial, logró reunir en un programa apretado una selección de actos a cual más destacados, que culminaron en el Certamen Literario, que tuvo lugar en el Ayuntamiento de Mataró, con la asistencia de las primeras Autoridades de la provincia y en el que actuó de mantenedor nuestro Presidente, el Marqués de la Valdavia, quien pronunció una brillante conferencia, en la que hizo una breve loa en honor del partido judicial de Mataró y de su industriosa capital.

Previamente, el Marqués de Castellflorit, Presidente de la Diputación Provincial de Barcelona, dió cuenta a los asistentes del acuerdo por el cual se nombra al Marqués de la Valdavia diputado honorario de Barcelona, y con este motivo subrayó una faceta del conferenciante: su reiterado amor a Cataluña. El Gobernador Civil, don Felipe Acedo Colunga, al imponerle la insignia de diputado honorario manifestó que era bien merecida y ponía de relieve los estrechos lazos que unen a Madrid y Barcelona.

El Marqués de la Valdavia comenzó sus palabras destacando la agradable sorpresa que había tenido en este acto al concedérsele tan honrosa y elevada distinción, y que, por lo mismo, sus palabras eran improvisadas y respondían de verdad a sus sentimientos. Añadió, hondamente emocionado, que la insignia que le habían impuesto la llevaría con mucho orgullo junto con la de Madrid y muy dentro de su corazón.

Después dió lectura a su trabajo sobre Mataró, que reproducimos a continuación:

El Marqués de la Valdavia durante su discurso.

El Gobernador Civil, don Felipe Acedo, impone a nuestro Presidente la insignia de Diputado honorario de Barcelona.

Las Autoridades locales se dirigen al Ayuntamiento.

Un aspecto del Salón del Ayuntamiento durante la conferencia del Marqués de la Valdavia.

Comida ofrecida a los Alcaldes de la provincia barcelonesa por la Diputación



Quiero empezar con unas palabras que no son más, porque es-rimo que explican con claridad y precisión las causas y razones de por qué me encuentro entre vosotros en este acto tan grato, tan inolvidable para mí. Decía el inmortal poeta español Góngora, aquel de términos conceptuosos, pero de atinado juicio, que la «salud se asoma al rostro como a ventana», dando a entender con estas palabras que hay cosas tan evidentes, tan claras, que no se pueden ocultar aunque se quiera. Y este es, precisamente, señoras y señores, mi caso; o, dicho de otro modo, que no necesito casi justificar mi presencia en este acto porque las razones que la abonan se asoman a la ventana y a la vista de todos están. Salta a la vista que ello se debe, en primer lugar, a la gentileza y amistad del Marqués de Castellflorite, una de esas personas que encuentra en el ejercicio de la amistad uno de los más puros placeres de nuestra existencia; salta a la vista también que teniendo yo el honor de asumir la presidencia de la Diputación Provincial de Madrid, es a esta Corporación y a Madrid a las que se ha querido honrar, aunque sea yo quien goce del privilegio de vuestra atención; y, por último, salta a la vista asimismo que representa para mí tal fortuna el que me hayáis elegido mantenedor de este acto académico, que no podía resistirme a la tentación de aceptar el amable requerimiento de que fui objeto, porque sería tanto como renunciar a la maravillosa ocasión que se me brinda para poner de manifiesto, no sólo mis sentimientos personales hacia Cataluña, hacia esta tierra bendita del cielo, en la que nada falta, porque ha sido generosamente mimada por la Naturaleza, a la par que trabajada afanosamente por sus hombres, sino también algo que tiene mayor trascendencia, cual es que en esta nueva España, que surgió purificada del dolor de sus tragedias, se aprecia el gran valor que tiene el mirar las cosas y los pueblos con los ojos del corazón; que entiende que entre los diferentes modos de conocer la verdad, el más eficaz, como decía Balmes, es aquel que procura ver lo que hay en cada objeto, en cada hombre, en cada pueblo, pero no más de lo que hay; es decir, cuando no se miran las cosas a través de las gafas de las pasiones, que todo lo enturbian y entenebrecen; cuando no juegan los prejuicios y la parcialidad. Asoma a la ventana y salta a vuestra vista, por tanto, que en esta designación, más que méritos personales, se ha tenido en cuenta algo que está en consonancia con esa teoría tan importante del bien mirar, y ese algo es que yo he caminado por todos los caminos de España con los ojos bien abiertos y con el corazón libre de telarañas, y que, por ello, hoy, cuando mi retina se ha colmado de todos los paisajes de nuestra amada Patria, cuando he contemplado sus panoramas y sus monumentos, cuando he observado sus costumbres y el carácter de sus hombres, cuando he saltado bruscamente desde «la solitaria meseta castellana a la lujuriente y alegre verdura del jardín levantino», cuando me he detenido a examinar sus problemas y sus realidades, cuando he visto sus iglesias y castillos, cuando he llegado a esta Cataluña agricultora y marinera, con su fértil campo, con sus industrias poderosas y con sus ciudades modernizadas, se comprende, mejor que nunca, la razón y la verdad de España, y que para ello no se necesita del mágico conjuro de nuestro ensueño; es más, que, a pesar de la realidad o por la realidad misma, se puede repetir, como si fueran actuales, las célebres palabras de Alfonso X: «¡Ay, España; no ha lengua ni engaño que pueda contar tu bien!».

Pero además, señoras y señores, existe también otra razón ignorada por ustedes que ha influido decisivamente en el ánimo de mi querido amigo y admirado Presidente, el Marqués de Castellflorite, para que yo viniera a ocupar esta tribuna. Y esta razón es que nos encontramos dentro de una festividad provincial a cuya implantación y posterior desarrollo y éxito he contribuido eficazmente desde la presidencia de la Diputación de Madrid, que fué la que apadrinó e impulsó la feliz iniciativa de exaltar los valores culturales, económicos y artísticos de la provincia, iniciativa que adquiere más fuerza y más valor en aquellas provincias como las de Madrid y Barcelona, donde sus capitales tienen tal poder de absorción que, a veces, sobre todo en Madrid, ha llegado a borrar de la conciencia ciudadana que más allá de los límites urbanos existe una tierra que lleva el mismo nombre.

He de agradecer, por tanto, no sólo la gentileza de que se acordaran de mí, sino también la ocasión que se me ofrece de hablar en una fiesta con la que me siento tan estrechamente vinculado y en la que todo me es fácil, por aquello de que para hablar con cierta fluidez es preciso el conocimiento de las cosas, ya que sólo se pueden contar lo que son cuando precisamente se sabe lo que se relata.

Si con el «Día de la Provincia» se pretende difundir el conocimiento de nuestra tierra entre los españoles, si es verdad lo que se ha dicho muchas veces de que España está aún por conocer por nuestros propios compatriotas, ¡cuánta bendita fecundidad encierra este bello propósito de mover a las personas hacia rutas menos conocidas!, ya que para conocer el alma de un pueblo es menester, según don Miguel de Unamuno, conocer y pisar su suelo. Si pisamos Cataluña, en seguida nos prende en su red amorosa, porque Cataluña, encerrada en la gravedad de su trabajo, tiene un fondo de ternura que vuelca sobre todos los que a ella se acercan deseando conocer su entraña y participar en sus afanes. Por esto, el «Día de la Provincia», que adquiere aquí en Barcelona dimensiones catalanas, es en su proyección nacional como el voceador propagandístico de las excelencias que encierran en su área geográfica las distintas provincias españolas. Es por ello muy de elogiar el significado de esta festividad: rendir culto y tributar homenaje a esa gran familia, la provincia, en que nacemos o vivimos, la que ha llegado a constituir nuestra segunda patria, esa segunda patria de la que nos sentimos orgullosos, proclamando su nombre y nuestra vinculación en cuantas coyunturas nos presenta la vida, con motivos de reafirmación de nuestra propia personalidad. Y como demostración de este aserto, háganse ustedes por lo bajo esta pregunta: ¿De dónde soy yo?. Y mentalmente se darán esta contestación: «Yo, de la provincia de Barcelona», y si entre ustedes hay alguno, que sí lo habrá, que no haya nacido en este rincón patrio, solar ejemplar de una raza que desborda sus fronteras para reafirmar su personalidad en el mundo entero, exclamará: «Y yo, de la de Zaragoza», digo por ejemplo, como yo proclamo con orgullo que nací en la de Madrid, esa provincia corazón de España, en la que instaló Felipe II la ciudad más alegre y simpática del Universo, y no digo la más bonita y las más hermosa porque temo que me van a tachar de excesivamente partidista. Ciudad la mía que va del brazo de esta hermosa Barcelona, archivo de la costesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes esperanzas, y en sitio y belleza, única, como la definió Cervantes, y los dos máximos exponentes, a mi entender, de la personalidad y pujanza de nuestra Patria. Pero es más, al conocer los rincones provincianos, conoceremos también mejor el alma y la grandeza de España y los lazos que nos unen con las demás provincias, y hallaremos en esta compenetración la solidaridad de los pueblos de España, que ha hecho posible a lo largo de los siglos la supervivencia de un espíritu y de una idea con resonancias universales, que se ha impuesto en el mundo siempre que se ha tratado de salvar lo que hay de más sublime en el hombre: el alma. Viene bien, por tanto, que los pueblos de España se relacionen entre sí y proclamen frente a las apreciaciones subjetivas de tanto viajero mal intencionado, que miran con los ojos apasionados de sus gustos y razonamientos la verdad de nuestra Patria, que a veces es ingrata, pero siempre aleccionadora.

Por esto, el «Día de la Provincia» es el buen camino que nos conduce a ese pleno conocimiento de España, porque al visitar los pueblos, al ponernos en contacto con sus paisajes, sus hombres y sus costumbres, nos impregnamos de ambiente, y en el ambiente está el alma de los pueblos, que en muchos casos nos ha llegado deformada a través de una falsa literatura. Y al contacto con estos pueblos afirmamos nuestra fe en nuestro destino común, ese destino común que está por encima de las comarcas nativas y por encima de los sabores y colores locales. De las provincias, integrantes físicos y geográficos de la Patria, tenemos que extraer el impulso que nos lance a empresas de altos vuelos, en las que se define el espíritu creador de una nación que, como España, por la gracia de Dios, ha estado llamada siempre a cumplir universales destinos.

Corresponde este año, en el itinerario de la provincia, exaltar los valores de una comarca a través del partido judicial de Mataró. A través de su intensa vida vamos a tener un reflejo de la que exulta en toda región catalana. La ciudad de Mataró, capital de este partido, industrial y marinera, es un alto símbolo de las virtudes de esta privilegiada tierra de Cataluña. El mar se remansa junto a la ciudad; este mar, que rebosa culturas milenarias, parece impregnarla de energía constructora, y así Mataró, acariciada por las brisas marinas, arrullada por el eterno murmullo del mar, desenvuelve una vida pujante, creadora, orgullo de la actividad provincial española. No es Mataró una ciudad improvisada, no son, ni sus actividades ni su cultura, improvisaciones ni reflejos de una sola época o de generaciones recientes. La Historia ha impreso su huella en ellas. Mataró es una ciudad señora y señera que muestra al mundo, junto a una tradición cultural, su amor al trabajo, prueba de su actual prosperidad. Por eso, junto a la antigüedad de sus monumentos y junto a todas sus tradiciones, eleva, a modo

de enseña, frente a la universalidad del mar Mediterráneo, la pujanza de un esfuerzo renovado.

Extiéndese el partido de Mataró a lo largo de la marisma, o maresma, como se dice en vuestro idioma vernáculo, y llega desde el mar hasta las sierras de Mata, San Maseu, Celdechs y Argentoná. El terreno es montañoso y su clima templado, y en él crece, como sabéis, el naranjo, el limonero y el *algarrobo*, y hasta ese árbol, símbolo de todo lo entrañable y elevado, que es la palmera. Sois, por tanto, los habitantes del partido judicial de Mataró marineros y agricultores, pero además sois, y esto no por don o donación de la Naturelaza, sino por decisión directa vuestra, industriales que no cejáis en la empresa de dotar a vuestras fábricas de los adelantos que han de contribuir a su más completo desarrollo. Mirando hacia el mar, separado por cordilleras del Vallés, el partido judicial de Mataró es nudo neurálgico de comunicaciones, por el que pasan carreteras de primer orden, tales como la de Madrid a Francia, por La Junquera, y el ferrocarril de Barcelona a Gerona, por el litoral. Es, por consiguiente, con su puerto, con sus carreteras y su ferrocarril, camino abierto a innovaciones propias de todo tránsito; pero que, no obstante, no han transformado esencialmente el carácter recio de sus hombres, tan poco propicio a claudicaciones. Por esto no extraña que las murallas romanas de la ciudad de Mataró fueran destruidas; que se liberara del dominio de los señores feudales y que, en tiempo de Alfonso V, en atención a los méritos y progresos de la ciudad, se le concedieran los mismos privilegios que tenía Barcelona. No puede extrañar que cuando en 1808 los franceses entraron a saquear en la ciudad, los naturales de Mataró prefirieran sacrificios e incomodidades antes que convivir con los invasores. Y es que el matoronés, extendiendo esta denominación a todos los naturales del partido judicial, es mitad montañés y mitad mariner. Es amante, como el mariner, de nuevas rutas y nuevas ideas; pero ello no es óbice para que, como buen hombre de la montaña, esté tan aferrado a la tierra donde nació y a sus más caras tradiciones; que una y otras sepa defenderlas con envidiable energía, con la misma fe y fortaleza que saben abogar por la implantación de buenos usos, que no en balde están en contacto desde hace siglos con otros pueblos gracias al comercio catalán, del que es puerto principal la costa barcelonesa.

Los nombres de Alellá, Argentoná, Cabrera, Cabrils, Caldas de Estrach, Dosríus, Masnou, Orríus, Premiá de Mar, San Andrés de Llaveneras, San Ginés de Vilasar, San Juan de Vilasar, San Pedro de Premiá, San Vicente de Llaveneras, Taya y Tiana, cuyos municipios integran, con la ciudad de Mataró, el partido judicial que estamos exaltando, evocan por sí solos las riquezas y bellezas de esta comarca, obra, por igual, del hombre y de la Naturelaza, en la que el Mediterráneo, con su incomparable luz, embellece aún más el verdor de los campos y la blancura de los pueblos. ¡Cuánta poesía constructiva encierra esta comarca, con su zona industrial y agricultora, ligada al mundo exterior por los caminos de la tierra y del mar!

Fecha importante en la historia de Mataró es la de 28 de octubre de 1848. Una fecha que trasciende más allá de los ámbitos locales, porque en ella se inaugura nada menos que el primer ferrocarril español: el de Barcelona a Mataró. La diligencia, signo de otra época, es sustituida por la locomotora, y ello ocurre por vez primera en España precisamente en esta comarca catalana, que se anticipa en más de tres años al ferrocarril de Madrid-Aranjuez, y que está unida, como he dicho anteriormente, al mundo exterior por la doble vía de la tierra y el mar. El trayecto es corto —tan sólo 28 kilómetros—, pero qué recorrido tan largo, qué avance tan profundo en el progreso es el que representa esta empresa, a cuyo mágico conjuro se rompieron voluntades y se rompieron moldes que tan sólo podían perdurar en las naciones más atrasadas. Hace meditar el pensar que el resto de España tardara en seguir el ritmo renovador de esta región catalana; que a finales del siglo pasado aún recorriesen las carreteras nacionales aquellas diligencias de quince asientos, que salían de Madrid a las seis de la mañana para rendir viaje en Bayona después de cinco incómodos e interminables días de trayecto. Y es que una de las características más estimables del catalán es que jamás suele frsele el santo al cielo, que no se le olvida lo que tiene que hacer, que nunca deja de aprovechar una oportunidad beneficiosa.

De este acontecimiento se deducen indudablemente consecuencias favorables en la coyuntura económica de Mataró. Se dice, con fundamento, y lo he dicho al principio de esta disertación, que la capital absorbe a las ciudades de segundo orden, debilitándolas y reduciendo su pujanza, pero, como no hay regla sin excepción, cabe señalar que Mataró ha mejorado y ha dado impulso a su industria gracias, en parte —dejando a un lado los incuestionables valores de los matoroneses—, al movimiento mercantil e industrial de Barcelona. En aquella fecha de 1848 así se puso de manifiesto, y luego, con el transcurso de los años, la lección no ha sido olvidada.

A este respecto hay que destacar que cuando el resto de España se decide a romper moldes anticuados y a seguir las nuevas rutas que pueden darle el bienestar económico, lo hace continuando

la trayectoria iniciada por el pueblo catalán con su carácter emprendedor y tenaz. Un escritor, de tan honda raigambre hispana como Ramiro de Maeztu, dijo en uno de sus libros: «La España moderna es hija del esfuerzo de Cataluña»; ese esfuerzo, decimos nosotros, que anunció el silbido de una locomotora y que ha enlazado sin interrupción con nuestros días a través de la pujanza industrial y mercantil de Cataluña. Esfuerzo que queda bien patentizado en las modernas fábricas de Mataró, tan lejanas y distintas de aquellas otras de hace poco más de un siglo, obra todo ello de vuestros inextinguibles afanes de superación. Y si esto ocurre con vuestras industrias manufactureras, especialmente con las de géneros de punto y tejidos de algodón, también cabe decir, dentro de la variedad fabril de esta comarca, que su modernización y prosperidad alcanza a las industrias del vidrio y vitivinícola de Masnou, pongo por ejemplo, o a la conservera, para no cansaros, con relatos de lo que hartó conocéis, hablándoos de fundiciones, estampados, curtidos, aguardientes y de otras muchas más.

He intentado, en este modesto bosquejo de ensayo, analizar el alma de una región o comarca, y para ello he analizado vuestro paisaje y vuestras costumbres, pues si por costumbre o hábito se entiende el uso repetido de generación en generación, es indudable que como tal ha de considerarse ese amor al halago que os transmitieron vuestros mayores. Y no creáis que en este quehacer laborioso no hay poesía; muy al contrario; ¡cuánta poesía encierra este tejer laboral vuestro!; abre surcos y cala en las entrañas de un pueblo; ¡cómo palpita en él el amor a la región!; ¡cuán entrañables y sinceras son estas estrofas, escritas con vuestros propios dolores y alegrías, con vuestros afanes y sinsabores!; ¡cómo remueven los afectos íntimos del alma!

Por esto, yo concretaría el elogio a esta tierra diciendo de ella que es una tierra de amplio y profundo espíritu, amplio y profundo porque se adentra en todas las actividades humanas y deja una huella peculiar. Mataró eleva el canto de su vida triunfante con unos acentos que recalcan su poderosa influencia en el ámbito nacional y que ponen, junto a la belleza de su paisaje y la abundancia de su economía, la nota dominante de lo constructivo, no sólo pensando en su propio bienestar, sino también en la gran comunidad patria, cuyo engrandecimiento se ha de conseguir con la suma de los esfuerzos de todos. Pero además, Mataró, como todos los pueblos felices, es un pueblo jovial. Su jovialidad ha trascendido las fronteras locales y se exhibe como muestra del ingenio de una zona. Es la alegría sana y crítica de un ingenio popular, que a veces reencarna en personajes definidos, como aquel concejal, real o imaginario, llamado Mateu, a quien se atribuyen una serie de anécdotas pleiéricas de gracia, en las que, con la fuerza que da la seguridad en sí mismo, se ponían en solfa sucesos y personas que tuvieron actualidad en el siglo pasado, y que más tarde han ido transmitiéndose de padres a hijos, adquiriendo entre vosotros gran popularidad. Son por tanto, estos cuentos de Mataró pieza principal de vuestro folklore. No hay que olvidar que esta palabra —folk (pueblo) lore (conocimiento)— significa entrar en el conocimiento del pueblo, y como a lo largo de los años el folklore de Mataró se ha ido enriqueciendo y difundiendo, es síntoma bien claro, no sólo de que vuestra vitalidad no decae, sino que se acrecienta con el tiempo. Y pueblos que saben acompañar el ritmo de su trabajo con la sonrisa, con el canto y la danza, son pueblos indudablemente felices. ¡Cuánta alegría sana y cuánto señorío hoy en esas fiestas vuestras, eruditas y populares, que con tanta prodigalidad ofrecéis! Los juegos florales, los espectáculos incomparables de vuestras plazas, en las que suenan las sardanas, dicen mejor que nada que el pueblo catalán, en contra de lo que muchos afirman, es un pueblo alegre que ha encontrado su propia alegría en el trabajo, en el esfuerzo y en la lucha cotidiana.

Este tema es inagotable, pues no hay horas para elogiar una comarca como ésta. Y conste que esto no es hipérbole, sino un convencimiento nacido de vuestra realidad; mas como la vida tiene sus exigencias y normas, y entre éstas, tal vez una de las más acertadas sea aquella que aconseja no abusar de la bondad de un auditorio, bueno es hacer alto o parada para que el cansancio no sea con vosotros, si no lo ha sido ya.

Sólo me resta poner fin a la llamada triunfal que representa este «Día de la Provincia». Vosotros, gentes de la maresma, mujeres y hombres de Mataró, agricultores de Alellá, Argentoná y Cabrera, industriales catalanes, escuchad mi pregón final: Amad siempre entrañablemente a vuestra provincia; exaltarla con orgullo en todo momento; trabajad por ella con tesón; honradla donde la halléis, que trabajando, exaltándola y honrándola laboráis por la Patria, cuyos destinos se nutren de la savia de las regiones. Y no es Cataluña la que menos contribuye, bien lo sabéis, a esa personalidad nacional que tanto nos enorgullece. Hoy celebramos el «Día de la Provincia» en Barcelona exaltando los valores de Mataró; que su celebración, al igual que ha ocurrido en otras solemnidades provinciales similares, sirva para compenetraros aún más con vuestra propia personalidad, en la que se destaca esa nota inconfundible y grandiosa del trabajo, que tanto ha de contribuir a que nuestra España, dura, áspera y castigada por el destino, en la que Cataluña es un oasis vivificador, logre cumplir la trascendente misión que el destino hace siempre gravitar sobre ella.



TODAS las diputaciones de España acudieron en favor de Ribadelago. La catástrofe del Lago de Sanabria conmovió a los españoles y los artistas becarios de las corporaciones provinciales donaron sus mejores obras para una magna Exposición organizada en el Casino de Madrid por nuestra Diputación Provincial y por la de Zamora. En esta página queda el testimonio gráfico de la inauguración de la benéfica Exposición y resaltan por su belleza y por su tipismo esas distinguidas señoritas que allí estuvieron presentes con los trajes típicos de la región. El Marqués de la Valdavia pronunció unas palabras ante la presencia del Subsecretario de Gobernación, Sr. Rodríguez de Miguel, quien presidió el acto, y del Presidente de la Diputación Provincial de Zamora, Sr. Almazán.

